

Capítulo 1

Las Highlands escocesas
1814

Necesito un hombre —declaró Pamela Darby.

Lo dijo con la misma naturalidad y convicción con que podría haber dicho «Necesito un trozo de encaje para arreglar la orilla de mi vestido» o «Necesito un nabo fresco para el estofado de esta noche».

Sentada en el asiento de enfrente del coche, su hermanastra Sophie levantó la vista del desgastado ejemplar de *La Belle Assemblée*. La revista ya estaba antigua en dos temporadas, pero eso no le impedía a Sophie suspirar mirando los coloridos modelos de vestidos o leer atentamente las recomendaciones sobre el tono de colorete que haría más atractivas las mejillas de una damita.

—Lo que necesito —continuó Pamela—, «necesitamos» —enmendó—, no es un hombre cualquiera, sino un muchacho escocés alto y fornido que tenga más fuerza muscular que cerebro. Un muchacho —añadió, enronqueciendo la voz e imitando tan bien el cantarín y arrastrado acento escocés que habría enorgullecido al mismísimo Bonnie, el príncipe Carlos—, que se deje dirigir por dos astutas muchachas más listas que él.

—¿Y esas muchachas seríamos nosotras, supongo? —dijo Sophie, arqueando una ceja en gesto de complicidad; arrugó la nariz y se movió inquieta en el aporreado asiento, pues el coche inició otro

tramo pedregoso del camino que les insultaba la inteligencia llamándose así—. ¿Y cómo piensas encontrar a ese zoquete guapo? ¿Le pedimos al cochero que pare en el siguiente pueblo y coloque un cartel?

Comprendiendo que su hermana le seguiría el juego con esa tonta idea, Pamela se mordió el labio, pensativa:

—Mmm, no es mala idea. No se me había ocurrido lo del cartel. Por ejemplo, uno que diga: «SE BUSCA: Escocés lerdo, de cuello gordo, para que se haga pasar por el heredero de un duque perdido hace muchos años». Tal vez podríamos clavar uno en la plaza del mercado de cada pueblo que vayamos pasando.

—¿Cómo el que vimos en el último pueblo, advirtiendo que hay un peligroso bandolero, con un precio por su cabeza, que aterroriza estas mismas carreteras, robando a los viajeros y violando a mujeres inocentes?

Las burlonas palabras de Sophie hicieron caer bruscamente a Pamela del vuelo de la fantasía a las duras y puntiagudas piedras de la realidad. Recordaba muy bien el cartel. Lo acompañaba el tosco dibujo de un hombre enmascarado de mandíbula dura, una pistola en la mano y un brillo de crueldad en los ojos. Sin querer se sintió atraída y pasó suavemente las yemas de los dedos por la mejilla derecha siguiendo el contorno de un atractivo hoyuelo incongruente con el resto de los rasgos. No pudo evitar pensar qué podía llevar a un hombre a desafiar la ley y los mandamientos de Dios robando lo que deseaba en lugar de comprarlo. Cuando se le acercó Sophie se apresuró a dar la espalda al cartel, no fuera que esta descubriera en la acerada mirada del bandolero un reflejo de la creciente desesperación que sentía ella.

El recuerdo de esa mirada le hizo bajar un estremecimiento por el espinazo. Sabía angustiosamente bien que dos mujeres solas viajando por esas tierras inhóspitas de clima crudo se exponían a ser blancos de bastante más que miradas desconfiadas y desaprobadoras. Pero carecían de los medios para emplear a criados que les dieran un aire de respetabilidad o a jinetes escoltas que protegieran el

coche que alquilaron al desembarcar de la diligencia pública en Edimburgo. Simplemente tendrían que fiarse del anciano cochero y su viejo mosquete para que les defendiera la vida y la virtud.

Se obligó a esbozar una alegre sonrisa.

—Por lo que me han dicho de estos salvajes highlandeses, se inclinan más a violar a sus ovejas que a las mujeres.

Pasó la mano por su pequeño ridículo de seda, consolándose con lo que llevaba metido dentro.

Enrosándose uno de sus rizos en el dedo índice, Sophie suspiró:

—No puedo creer que hayamos hecho este largo viaje para nada. Oíste lo que dijo esa vieja en Strathspey. Según ella, el heredero del duque murió hace ya casi treinta años, cuando todavía era bebé. Ni él ni su madre sobrevivieron al primer invierno en las Highlands.

—Y sin duda entiendo por qué —musitó Pamela, metiendo más las manos en su manguito de piel.

Ella se había sentido más abatida que Sophie cuando se enteraron de que la pista que habían seguido tan fielmente durante todo ese mes pasado había acabado en nada. La realidad era más cruda aún que esa tierra abandonada de Dios en que el frío viento azotaba incluso cuando estaba brillando el sol; más frío que las heladas gotas de lluvia que comienzan a empapar justo cuando una cree que es posible cerrar el quitasol; más frío que la humedad que cala los huesos, haciendo pensar que nunca más en la vida se va a volver a sentir abrigada.

—¿No sería mejor que nos olvidáramos de esa recompensa y nos volviéramos a casa?

—Muy buena idea, desde luego, si todavía tuviéramos casa a la cual volver.

Al instante lamentó su tono duro al ver que una nube de tristeza apagaba el brillo de los luminosos ojos azules de Sophie. Hasta seis meses atrás, el Teatro Crown, en Drury Lane, había sido el único verdadero hogar que conocían. Las dos nacieron en camerinos del teatro, y fueron declaradas «excelentes producciones» por su madre actriz. Pero el teatro ya había desaparecido, convertido en escom-

bros y cenizas por el mismo trágico incendio que mató a su madre y las habría matado a ellas si en ese momento no hubieran estado durmiendo en un alojamiento cercano. Se le oprimió la garganta por ese amargo y conocido dolor. Su único consuelo era saber que su madre no habría deseado sobrevivir a su legendaria belleza, ni al efecto aniquilador de la pérdida de esa belleza en sus admiradores.

Belleza que sobrevivió en los relucientes rizos rubios de su hermanastra; unos rizos cortados elegantemente a lo *garçon*, y que enmarcaban a la perfección su cara acorazonada, con la boca en arco de Cupido y la encantadora nariz respingona. Entre las bailarinas de ópera se susurraba que el padre de Sophie fue un adinerado conde francés que encontraba a su madre *charmant* y *ravissant*; que el conde le entregó su corazón a su madre y al volver a Francia le cortaron la cabeza antes que pudiera proponerle matrimonio.

En cambio, el padre de ella, estaba convencida, tuvo que haber sido de robusta cepa inglesa. ¿Cómo explicar, si no, que su pelo y sus ojos fueran de ese ordinario color castaño? Sus rasgos eran parejos en su cara ovalada, pero de ninguna manera memorables, y la agradable redondez de sus mejillas se vería igualmente cómoda en una lechera de Yorkshire. Tenía curvas suficientes para tentar la mirada de un hombre, pero nada que lo estimulara a demostrar su amor arrojándose del Puente de Londres a las heladas aguas del Támesis, como se rumoreaba que hizo uno de los amantes más apasionados de su madre.

Lamentó aún más sus desconsideradas palabras cuando Sophie levantó su pequeño mentón en punta y apretó las mandíbulas para que no le temblara, y dijo:

—La recompensa del duque no es nuestra última esperanza, ¿sabes? Está en mi poder proveer para las dos. La oferta del vizconde sigue en pie.

Pamela la miró enfurruñada.

—Esto no es un melodrama gótico. No tengo la menor intención de vender la virtud de mi hermana al mejor postor sólo para tener un techo sobre mi cabeza.

Sophie levantó un esbelto hombro en un encogimiento astutamente pensado para confirmar su herencia gala.

—No tienes por qué ser tan provinciana. *Maman* eligió una vida libre de las convenciones sociales. ¿Por qué no debo hacerlo yo?

—Mi madre siempre tuvo el teatro. Se vendía por amor, no por dinero.

—¿Tan imposible es que una mujer tenga las dos cosas? —preguntó Sophie, melancólica.

—Ah, podrías tenerlas durante una temporada en los brazos del vizconde. Hasta que se canse de tus encantos, se encapriche de alguna bailarina de ópera y decida cederte a uno de sus amigos. —Alargó la mano y tiernamente le metió un rizo rebelde detrás de la oreja—. No pretendo ser cruel, cariño, pero es muy corto el camino que va de amante a puta. He visto a chicas más jóvenes y más hermosas que tú ofreciendo sus servicios en Fleet Street. No quiero que mueras de sífilis antes que cumplas los diecinueve años.

—Pero el vizconde jura que me adora. Jura que desde que me vio en el coro de *Pigmalión* cuando yo tenía quince años no puede pensar en otra cosa ni en ninguna otra mujer.

—Incluida su esposa —dijo Pamela, sarcástica.

A Sophie se le entristeció la cara ante ese crudo recordatorio.

Pamela le apretó la mano enguantada.

—No pierdas ni un segundo más en pensar en ese sinvergüenza. Si no logramos conseguir la recompensa del duque, simplemente haremos otro intento en el teatro.

A Sophie se le agitaron las delicadas ventanillas de la nariz al bufar:

—Entonces estamos destinadas a morirnos de hambre en la cuneta.

Mientras su hermana ocultaba la cara detrás de la revista para llorar, Pamela volvió a acomodarse entre los agrietados cojines de piel, suspirando, ya agotados sus argumentos animosos y convincentes. Por desgracia, su madre había sido tan bella como poco práctica. Cuando se enteraron, por el abogado, de que su madre las

había dejado casi en la indigencia, las dos habían intentado hacer su fortuna de la única manera que sabían, en el teatro. Pero el único intento de una de ellas de pisar las tablas comenzó con triunfo y acabó en desastre.

La etérea belleza de Sophie cautivó al público, causando exclamaciones de admiración, cuando entró casi flotando en el escenario; pero el hechizo se rompió en el instante en que abrió la boquita y comenzó a recitar su parlamento de una manera tan seca e inexpressiva que un crítico sugirió que el director debería haber clavado bien la tapa de su ataúd para impedirle dedicarse al teatro. Todos sus sueños de fama y fortuna murieron en una andanada de verduras podridas e insultos gritados. Se vieron obligadas a hacer sus bártulos esa misma noche y salir huyendo del teatro un paso más adelante que la gritona multitud.

Desde entonces seguían huyendo. Si no encontraban una manera de hinchar sus monederos antes de volver a Londres, su próxima parada no sería el teatro sino el asilo de los pobres.

Miró por la ventanilla la creciente oscuridad del crepúsculo. Había mucho más en juego de lo que sabía Sophie. Pero no soportaba ni la idea de cargar a su hermana con esa fea verdad. Las nubes pasaban por las cimas de las lejanas montañas como los fantasmas de todos sus temores. Cansada de enfrentarlos sola, se dejó mecer por los movimientos del coche, cerró los pesados párpados y se permitió entrar en un sueño inquieto.

Pamela despertó al oír los mismos sonidos que había oído en incontables producciones a lo largo de los años, el clic de una pistola y el osado grito:

—¡Alto! ¡La bolsa o la vida!

—¿Te acordaste de encender los focos, Soph? —musitó, sin abrir los ojos—. Y no olvides bajar el telón después que haya sido derrotado el villano.

Se estaba hundiendo más en los cojines y en su sueño cuando

unos duros dedos se le enterraron en los hombros y le dieron una fuerte sacudida.

— ¡Pamela! ¡Pamela, despierta! ¡Nos están asaltando unos bandidos!

El coche ya no se mecía sino que se estaba estremeciendo por una brusca parada. Uno de los caballos emitió un relincho nervioso, que acabó enseguida, dejando un ominoso silencio. Había oscurecido del todo mientras ella dormía, y la ventanilla estaba velada por la aterciopelada cortina negra de la noche.

Hizo una rápida inspiración con sabor a terror puro. ¿Y si el cochero ya no tenía la capacidad para defenderles la virtud o la vida? ¿Y si estaba tendido hecho un bulto en medio del camino, con un agujero de bala en su flaco pecho?

Tragándose el terror, se tocó los labios con un dedo, y le cogió las manos enguantadas a su hermana. Se acurrucaron, reteniendo la respiración para escuchar.

El silencio pareció ensancharse y espesarse. Finalmente, lo rompió un ruido de unos pasos tranquilos, medidos, dando la vuelta al coche. Tal vez era simplemente el cochero que venía a decirles que todo estaba bien, rogó Pamela; que el clic de la pistola y el escalofriante grito no fueron otra cosa que una broma pesada de unos muchachos del pueblo con más ánimo de diversión que sentido común.

Pero los pasos apagados se burlaron de ese esperanzado pensamiento. Hacía falta agilidad y práctica para caminar por ese camino sin mover ni una sola piedra. Y cualquiera que dominara esa habilidad, con igual facilidad podía rebanarle el cuello a un hombre por su bolsa o entrar en el dormitorio de una mujer en la oscuridad de la noche, ponerle la mano sobre la boca y cumplir sus malvados designios con ella.

Puesto que no había manera de escapar a la inexorable aproximación de esos pasos, le apretó una última vez la mano a Sophie, para tranquilizarla, y luego metió la mano en su ridículo. Cuando cerró los dedos en el sólido objeto que tenía dentro, dejaron de temblarle.

En ese instante se detuvieron los pasos, dejándolo todo en un silencio más escalofriante aún.

Con la mano libre puso a Sophie detrás de ella, y esperó a que se abriera bruscamente la puerta del coche, entrara un implacable brazo y la sacara de un tirón, cogida del pelo.

La puerta del coche se abrió lentamente, haciendo chirriar los goznes. No aparecieron ni señales del asaltante. Lo único que se veía era una densa oscuridad que parecía a punto de tragárselas enteras.

De esa oscuridad salió una voz cargada de gravilla y amenaza:

—Sé que estás ahí. Te oigo respirar. Sal del coche con las manos en alto, si no, te enviaré derecho al infierno de un disparo.

Pamela sintió la presión del cuerpo de Sophie en la espalda, temblando como un pajarito en las garras de un temible predador. Fue el olor del miedo de su hermana lo que le afirmó la mandíbula y le enderezó la espalda. Ese matón sin rostro podía ser capaz de despojarla de su vida y de su virtud, pero había una cosa que ella era capaz de perder sin ayuda de nadie: los estribos.

Sin hacer caso de las manos de Sophie tironeándole desesperada la parte de atrás de la falda, se deslizó por el asiento y bajó del coche.

Tropezó al enredársele el pie en la orilla del capote, pero recuperó rápidamente el equilibrio y se enderezó la arrugada papalina con un fuerte y furioso tirón:

—Por el amor de Dios, señor, ¿quién le escribe sus parlamentos? Nunca había oído recitar tonterías más atroces. ¿«La bolsa o la vida». «Sal del coche con las manos en alto, si no, te enviaré derecho al infierno de un disparo»? Vamos, es que no duraría ni una sola actuación en el Drury Lane. Bajarían el telón sobre su dura mollera antes que acabara el primer acto. ¿Nunca se le ha ocurrido que podría representar a un villano más convincente si no soltara esas horrendas necedades?

Cuando se acalló el campanilleo que sentía en los oídos, cayó en la cuenta de que estaba casi tocándose los pies con una sombra sin rostro; una sombra sin rostro que la sobrepasaba en altura casi

dos palmos. La imponente anchura de sus hombros tapaba por completo la luz de la luna que recién comenzaba a elevarse por el horizonte.

Su silencio era un arma potente también, tan eficaz que pegó un salto con el que casi se salió de su piel cuando por fin él dijo:

—¿Qué preferirías, muchacha? ¿Tendría que enviarte al infierno primero y después soltar la tontería? Me parece que sería muy poco convincente sin un público que lo aprecie.

Su voz arrastrada y burlona era áspera como arpillera, aunque al mismo tiempo suave como terciopelo. Era como deslizar la rosa y las espinas sobre la piel al mismo tiempo.

Dio un paso hacia un lado, con la idea de atraerle la atención para que la desviara de la puerta del coche y no viera a Sophie. Pero tuvo motivos para lamentar el movimiento cuando él pasó el peso de su cuerpo al otro pie, invitando a la luz de la luna a iluminar el brillante cañón de la pistola que tenía en la mano. El arma descansaba en su mano como si él hubiera nacido para usarla.

Demasiado tarde recordó al pobre cochero. Miró hacia la parte delantera del coche y lo vio tendido en el camino, tal como había temido. Se le escapó un grito de consternación. Se recogió las faldas y dio un involuntario paso hacia él.

El bandolero le cerró el paso, su silenciosa agilidad más amenazadora que un grito.

—No está muerto —dijo—. Despertará dentro de un momento, y sólo tendrá un dolor de cabeza y una historia que contar a sus compañeros en la taberna cuando lo inviten a unas cuantas pintas de cerveza.

Como para confirmar sus palabras, el cochero pareció despertar y emitió un débil gemido. Pamela miró hacia el pescante. El mosquete seguía ahí, bien guardadito en su vaina. El hombre no tuvo ni la menor posibilidad de sacarlo.

Envalentonada por el alivio, miró furiosa al bandolero.

—¡Qué bonita profesión ha elegido, ¿eh, señor?! ¡Atacar a ancianos y asustar a mujeres impotentes!

Él avanzó un paso, quedando tan cerca de ella que el calor que emanaba de su cuerpo pasó por la tela de su falda.

—No te veo muy asustada, muchacha. Ni muy impotente.

En realidad, estaba aterrada. Pero disimuló el terror sorbiendo por la nariz con gesto despectivo.

—Simplemente nunca he logrado soportar a un matón.

—¿Y qué te hace creer que yo elegí esta «profesión»? —Su voz era una burlona caricia que le hizo temblar el vello de la nuca—. ¿Y si el cruel destino me arrojó a ella?

—Todos tenemos que tomar decisiones si queremos ser dueños o dueñas de nuestro destino.

—¿Y tú eres dueña del tuyo?

Esas palabras dichas con suavidad dieron, como un dardo, en un blanco inesperadamente sensible. Después de la muerte de su madre no había tardado en comprender que, sin medios económicos o un protector, una mujer está a merced de este mundo. Lo único que podía hacer era sentarse a mirar cómo iban desapareciendo una a una sus opciones, junto con sus sueños.

Incluso cuando estaba viva su madre ella había estado sometida a sus cambiantes estados anímicos y a las necesidades y exigencias de su hermana pequeña. Siempre había sido la única que quedaba para recoger los trocitos rotos del corazón de su madre, innumerables veces, haciendo economía y planes entre obra y obra de teatro cuando pasaban por una mala racha y desaparecían los amantes de su madre.

—No en este momento —reconoció—. Pero claro, no soy yo la que tiene el arma en la mano.

—¿Y si lo fueras? ¿Estarías dispuesta a rendirte ante el primer hombre o la primera mujer que te llamara matona? Tal vez tomé mi decisión hace mucho tiempo, cuando llegué a la conclusión de que no tenía el menor deseo de continuar hambriento y descalzo mientras los ingleses y sus cofres engordaban con riquezas que pertenecen legítimamente a los escoceses.

—Pero supongo que comprende que sólo es cuestión de tiempo que lo lleven ante la justicia.

—Cuando un inglés le roba su tierra y su dignidad a un escocés, está en su derecho dado por Dios. Pero cuando un escocés le birla la bolsa a un inglés es un asqueroso ladrón. —De la oscuridad salió el bufido del bandolero—. ¿Dónde está la justicia en eso?

Pamela dio unas palmadas a modo de seco aplauso.

—¡Bravo, señor! Me había equivocado respecto a usted. Su pasión da una vibrante nota de convicción a su parlamento. Si por una casualidad su arma no estuviera apuntada a mi corazón, podría caer en la tentación de celebrar con aplausos y vivas su noble intención de robarme el monedero.

Él la sorprendió bajando lentamente la pistola a su costado. Curiosamente, el gesto no contribuyó en nada a hacerlo parecer menos amenazador. Comenzó a latirle más rápido el corazón. Tal vez el hombre había decidido castigar su desprecio estrangulándola.

No le veía los ojos, pero sentía en la piel su mirada, tan contundente como una caricia. Dada toda esa apasionada parrafada sobre la opresión de los escoceses, lo lógico habría sido que vistiera la falda y llevara una brillante espada de dos manos o una gaita. Pero vestía todo de negro; el color negro de su camisa, calzas y botas lo hacían casi indistinguible de la oscuridad de la noche.

Dio un paso atrás, a modo de experimento, y luego otro. Él avanzó con cada paso que dio ella. Continuó retrocediendo, pensando si habría alguna manera de aprovechar en su favor ese peligroso baile. Si lograba alejarlo de la puerta del coche tal vez Sophie tendría el ingenio de bajarse y correr a buscar ayuda.

O para salvarse.

Disimuladamente miró por encima del hombro las inmensas ramas de los elevados pinos caledonios que bordeaban el pedregoso camino. Sólo había una manera segura de distraerlo; una oportunidad para que Sophie intentara escapar.

Consciente de que muy bien podría ganarse una bala de pistola en la espalda, se dio media vuelta y echó a correr.

Sólo había dado dos pasos cuando el bandolero le cogió la muñeca y de un tirón la giró hasta dejarla cara a cara con él. Se tropezó

en una piedra y fue a estrellarse en su ancho y duro pecho. Agitó la cabeza para quitarse el pelo de los ojos y luego la echó hacia atrás y lo miró furiosa, pues nuevamente la furia había reemplazado tontamente a su miedo.

Y entonces, por primera vez, la luz de la luna le iluminó a él la cara.

Se quedó inmóvil, olvidadas todas sus ideas para escapar.

Las delgadas rajitas del antifaz de piel negra dejaban ver unos ojos grises plateados tan luminosos como la luz de la luna. Estaba lo bastante cerca como para casi poder contar las tupidas pestañas que enmarcaban esas pasmosas profundidades. Tenía la nariz fuerte aunque muy ligeramente torcida, como si hubiera iniciado su buen número de riñas de taberna.

Aunque él no tenía que hacer ni el menor esfuerzo para someterla con sólo una mano, su respiración era agitada y tenía apretadas las mandíbulas, como si estuviera batallando contra un enemigo invisible para los dos.

Era una mandíbula dura, y en la mejilla derecha tenía un increíble y hondo hoyuelo. En ese momento tenía los labios estirados en una severa línea, pero a ella no le costó imaginarse el aniquilador efecto que podría tener ese hoyuelo en el corazón de una mujer si él sonreía.

Se le quedó atrapado el aire en la garganta. Era tan impotente para resistirse a su encanto como lo fue cuando miró su dibujo en el cartel en el pueblo. Algunos podrían alegar que ese retrato tan toscamente dibujado podía representar a cualquiera de muchos hombres, pero ella lo habría reconocido en cualquier parte.

Levantando una temblorosa mano, deslizó suavemente las yemas de los dedos por su mejilla, y él se quedó inmóvil como una estatua de granito. El dibujo del cartel era frío; él tenía la mejilla cálida y áspera por la barba del día.

Entonces él hizo una brusca inspiración, fuerte.

—Vi el cartel en el pueblo —confesó ella, mirándolo tímidamente a los ojos—. Si le cogen, tienen toda la intención de colgarlo.

—Entonces ya es hora de que robe algo por lo que valga la pena que me cuelguen —repuso él, con una voz ronca que ella sintió bajar por todo el cuerpo hasta los dedos de los pies.

—¿Como qué? —preguntó en un susurro.

Él bajó la mirada a sus labios, dándole la respuesta que ella temía y deseaba al mismo tiempo.

Disminuyó la presión de la mano con que le tenía cogida la muñeca, y con la callosa yema del pulgar le acarició el lugar del agitado pulso. Cerró los ojos y bajó la cabeza hasta posar los labios sobre los de ella, ya no severos, sino suaves y cálidos, invitadores; los movió sobre sus labios con una ternura que era mucho más peligrosa que la fuerza.

Ella conocía muy bien el arte del beso escénico, cuya finalidad es dar a entender que hay pasión, pero sin provocarla. Eso se conseguía con un ligero roce de los labios, pulcro y seco, sin comunión de corazones ni de almas.

Por eso se llevó una fuerte impresión cuando el bandolero le apartó osadamente los labios con la áspera, cálida y sedosa lengua. En su beso no había nada pulcro ni seco. Movié la lengua alrededor de la de ella, saboreando, seduciendo, atormentando, instándola a aceptársela más adentro con cada enloquecedor movimiento de su boca sobre la suya. Olía a agujas de pino recién aplastadas y a humo de leña, y sabía a whisky y peligro.

Demasiado tarde cayó en la cuenta de que ya no era su prisionera. No recordaba en qué momento él le soltó la muñeca, pero sin saber cómo tenía las dos manos abiertas apoyadas sobre los musculosos contornos de su pecho. En las palmas sentía cada retumbante latido de su corazón como si fuera el de ella.

A pesar de su amenaza todavía no había cometido ningún delito que mereciera que lo colgaran. Su beso no era robado en absoluto, ella se lo daba libremente; y con tanto entusiasmo y tanta generosidad que ningún tribunal de justicia de la Tierra se atrevería a condenarlo.

Él pasó los dedos por entre su tupida melena ondulada, echándole atrás la papalina hasta que le quedó colgando a la espalda sujeta

por las cintas de terciopelo, y echándole hacia atrás la cabeza para permitirle tomarse más escandalosas libertades con su boca.

En ese momento olvidó a Sophie, olvidó todo lo relativo a la desastrosa búsqueda del heredero del duque, olvidó que sólo unos pocos chelines la separaban de la indigencia total, lo olvidó todo aparte de las absolutas dicha y locura de besar a un bandolero a la luz de la luna.

Hasta que un chillido perforó el agradable zumbido en sus oídos y un objeto rosa bajó aleteando sobre la cabeza de él, golpeándosela.